

VERLOS VENIR

Raúl Guerra Garrido

Detrás del almacén hay un pequeño embarcadero; desde allí, una vez acabada la faena, como en otros tantos crepúsculos, contemplo el paisaje tratando de ver dentro de mí mismo: el negocio no rola bien, pero como tampoco rola mal. Al fondo de la ría las luces del pueblo comienzan a engarzarse. Siento una extraña mezcla de desazón y nostalgia, la agri dulce infelicidad del melancólico. Las olas se suceden con la misma cadencia de los días, irrepitibles pero inidentificables, y, sin embargo, tengo la corazonada que de este atardecer me acordaré mientras viva. Quizá, paradójicamente, por no tener ningún otro motivo salvo el de la sutil angustia de un presentimiento. El breve tramo de horizonte que delimitan las dos orillas comienza a desdibujarse, hacia allí sólo brilla la linterna del faro: dos destellos cada nueve segundos. Las nubes avanzan torpes y pesadas, sin decidirse.

Regreso a la fachada principal de la nave, a echar el cierre. Por la carretera de la costa, a estas horas, apenas hay tráfico. Me sorprende el paso de un Mercedes ST limusina con las luces de situación ya encendidas. No queda ningún empleado, me gusta ser yo quien abra y cierre mi negocio. Con su habitual estrépito desciende la persiana metálica hasta situar ante mi vista el rótulo de Almacén de Vinos López Fornela. Otro día, otro duro. Al otro lado de la carretera el bosque de eucaliptos también se cierra en sombras. El Mercedes aparece de nuevo, ahora avanza marcha atrás hasta situarse a mi altura. Frena y de su interior desciende un hombre al que creo reconocer. Viene hacia mí y, como, en efecto, es alguien a quien conozco, salgo a su encuentro.

– Mecagüen Diógenes, Lolo, ¿eres tú?

Nos fundimos en un abrazo. Era un tipo flacucho con mucho nervio y apenas si ha cambiado. Tiene una nueva cicatriz en la cara. De jóvenes fuimos inseparables hasta que decidió ir a las Américas y desapareció. Sus padres recibían de vez en cuando una postal, de Miami, de Bogotá, de Cartagena de Indias. Yo no tuve ninguna noticia, ni siquiera sabía de su vuelta. Al deshacerme del abrazo mi mano tropieza con algo duro que abulta su cintura, le pregunto:

– ¿Qué tripa se te ha roto para perderte por estos andurriales?

– Andamos buscando un almacén.

– ¿Quiénes?

La pregunta es una estupidez, todo el mundo conoce el buque insignia de don José Outeriño, no hay otro igual ni en la provincia ni en el país, si se me ha escapado es porque me resuta difícil de imaginar a Lolo el Pijas a bordo de semejante coche. Me dice:

– Este galpón nos vendría que ni pintado, ¿conoces al dueño?

– Algo, sí, un poco.

– ¿Tú crees que nos lo alquilaría?

– Me parece que no, pero pregúntaselo a él mismo.

– ¿De quién es?

– Mío.

Ríe y su risa me provoca los recuerdos. Nos reíamos como locos. Fuimos a la misma escuela, la letra con sangre entra. Nos hicimos novios de las dos gemelas de Camariñas. Jugamos en el equipo de fútbol del pueblo y cuando metió con la mano un gol al Noya por poco lo matan. Hicimos la mili en la misma compañía. Decidimos montar juntos nuestro primer negocio, un camión a medias, y fue cuando desapareció.

– ¿De veras no te interesa alquilarlo?

– ¿Para qué lo quiere?

– ¿Por qué quieres saberlo si no lo vas a alquilar?

– ¿Trabajas para él?

– Esto era antes de un transportista, ¿no?. No corren buenos aires para los autónomos, ¿cómo te va?

– Me defiendo. ¿Está aquí? ¿Nos está mirando?

No están los vinos para muchas florituras, el granel casi ha desaparecido, las ventas disminuyen y los impagados a no decir, pero me inquieta mucho más que el Gran Jefe del Clan de los Outeriños me esté observando. A pesar del noroeste comienzo a sudar. La limusina semeja un crustáceo gigante, monstruoso, de caparazón invulnerable, seguro que está blindada hasta por el tubo de escape. Nada de su interior dejan ver los cristales espejo de sus ventanillas. No distingo ni al



chófer. Don José estará allí, encendiendo uno de sus perennes habanos y mirando el reloj con impaciencia. No es el graznido de las gaviotas lo que me desasosiega.

– Te advierto que pagamos espléndidamente, ¿cómo te sentirían dos kilos al mes.

– De puta madre, pero necesito este local. es mi negocio.

– Es muy amplio, con que nos despejes cincuenta metros hacemos.

– Hay otros locales por ahí.

– Le gusta éste y le disgusta que se le lleve la contraria.

Con un gesto como de impotencia ante el destino abre los brazos hasta casi dejarlos en cruz. Lo ha hecho a propósito, con el gesto se le abre la chaqueta y en su costado izquierdo, sobresaliendo por encima del cinturón, puedo ver la desmesura de la culata. Más que una pistola parece un subfusil anti-carros. Unas veces lo dinamitan y otras lo incendian, pero lo más sutil es lo más peligroso, de vez en cuando los clientes se volatilizan y ese riesgo no hay compañía de seguros que lo cubra. Si al menos se callaran las gaviotas. Trato de dominar mi nerviosismo y noto cómo se transforma en un cóctel de avaricia, pánico y curiosidad. Por ganar tiempo, por ver si doy una salida que no me descalabro, me intereso en la propuesta.

– De alquilarlo, ¿qué tendría que hacer?

– Tú nada. Cobrar y punto.

– Algo habrá que hacer, cargar y descargar, ¿no?

– De noche, tú no tendrías ni que enterarte de qué noche, de eso se encargaría el vigilante nocturno.

– ¿Qué vigilante? No tengo.

– Nosotros te lo enviaríamos. Tú le pones en nómina y nos pasas los gastos, el sueldo, la seguridad social y lo que se te ocurra.

Lo que se me ocurra en este trance, afirmativo o negativo, será para mi salud más peligroso que el tabaco. Si pudiera volatilizarme. Sin querer calculo la nómina, ninguna idea saludable acude a mi cerebro. Trato de aparentar una calma inexistente con la pregunta del sentido común.

– ¿No es mucho riesgo?

– La ballena fondeará aquí un par de veces al mes, no es mucho. A partir de la media noche y sin luna esto está más negro que el culo de Whitney Houston.

– ¿Y si pasan los civiles?

– Ya se encargarán de no pasar por la cuenta que les trae.

– Pero siempre pasa alguien o pasa algo y entonces, ¿qué?

– El vigilante nocturno es el responsable. Es el encargado de ir a la cárcel y va encantado, en el talego cobra la extra de Navidad todos los meses. Es su oficio.

No puede verle tras los cristales espía, pero siento sobre mi piel el aleteo táctil de su mirada, no paro de sudar. Sé que todos sus asuntos son sobrecogedores, de coger el sobre con la pasta, déjalo correr y olvídate de la firma. En Noya dicen que allí nació Noé, pero lo único seguro es que sus vecinos son unos energúmenos, si cuando el Pijas metió el gol con la mano no llego a jugarle el físico para sacarle del tumulto lo escabechaban. Corríamos como liebres, quién pudiera. La presencia del Mercedes impone, sé que el regateo es absurdo pero he de intentarlo. Si es mi amigo y me debe un favor, éste es el preciso instante en que puede devolvérmelo dando la cara por mí.

– Verás, tengo una familia que mantener, he de prevenir hasta los imprevistos, y si ocurriera algo, bueno, si para ese improbable imprevisto él me extendiera un aval bancario...

– De papeles nada, olvídale.

– Pero hombre, somos de confianza, sería algo entre amigos, podrás explicarle...

– ¿Estás loco? No puedo decirle una cosa así.

No me atrevo a mirar hacia la superficie ahumada, opaca y siniestra de la ventanilla tras la que le supongo arrellanado. De don Juan Outeriño, Pepín para los de confianza, se dice que oye como un ciego, ve como un mudo y habla cuando calla. Es su silencio lo que me escalofría, tengo las manos ensopadas. A quien miro hasta atravesarle las pupilas es al Pijas, sí que ha cambiado, la cicatriz le confiere un gesto distante, una distancia que quizá se iniciara cuando se largó dejándome sólo para hacer frente a los plazos del camión. Me da que para él estas anécdotas ya no existen y, sin embargo, continúo apelando a su amistad.

– ¿Sabes? No me va mal, no necesito alquilarlo, no quiero hacerlo.

– Es tuyo, tú decides.

– Ya, pero si somos amigos dímelo sinceramente, ¿puedo decir que no?

– Por supuesto, nadie te va a obligar a lo que no quieras.

– ¿Se enfadará?

– ¿Tú qué crees?

– Puede elegir cualquier otro almacén de la ría, de aquí al pueblo hay unos cuantos.

– Éste es el ideal, con embarcadero y todo. Lo eligió la ballena.

– Entonces, a pesar de... ¿puedo decir que no?

– Puedes decir lo que quieras, pero piénsatelo. Pasa un buen fin de semana y si aceptas llámame el lunes.

– Me da una tarjeta de visita con la mínima información de su nombre y un número de teléfono, un 908. No sé a qué carta quedarme, sus palabras son tan tranquilizadoras como inquietante su ademán. Esa cicatriz. De regreso hacia el Mercedes, a medio camino, se vuelve para decirme:

– Ah, oye, una cosa. Tú y yo ni nos hemos visto ni hemos hablado.

– Claro, ¿por quién me tomas?

– Y otras cosa, que por aquí somos muy supersticiosos. Si le cae un rayo al tingladillo éste o se te empieza a escarallar el negocio no me echas la culpa, eh?, que no soy gafe.

Qué mal huele el sudor del miedo. La oferta no puede ser más tentadora, pero quien se engancha con los Outeriños jamás vuelve a opinar por libre. Coraje, no quiero alquilarlo y no lo voy a hacer. Mi soliloquio me lleva de nuevo al otro lado del almacén, al borde del agua, de mí mismo. Se ha puesto el sol y el vértigo lineal del horizonte apenas se adivina; tenía razón en el presentimiento, difícilmente olvidaré el día de hoy. No quiero hacerlo pero he de sopesar las consecuencias, como en una hórrida pesadilla me veo testigo mudo de la escena que en el interior de la limusina se produce: don José, mientras enciende el habano, pregunta indiferente, “¿qué le ha dicho su amigo?”, a lo que Lolo responde, “está de acuerdo, me llamará el lunes para ponerlo en marcha”. Quizá esté escrito en las estrellas. Desde donde estoy hasta los destellos del faro la obscuridad no puede ser más absoluta, pero nunca se me hubiera ocurrido compararla con el trasero de la Whitney Houston. Las mejilloneras varadas en medio de la ría apenas si se distinguen con la ondulación de alguna ola. Lo alquilaré, qué remedio. ✍